

# La edición universitaria: un equilibrio de intereses

**Doris Elena Aguirre Grisales**

*Comunicadora social-periodista de la Universidad de Antioquia, donde hizo estudios de Maestría en Filosofía del Arte. Actualmente se desempeña como asistente editorial de la Editorial Universidad de Antioquia donde, además, dirige y edita dos colecciones de formación de lectores: la Biblioteca Clásica para Jóvenes Lectores y la serie de Formación Ciudadana. Ha sido docente universitaria en el área de literatura y actualmente es editora de la revista Agenda Cultural de la misma Universidad.*



Muchas cosas pueden decirse sobre la edición universitaria, y quizá una de ellas sea que en pocos terrenos suele encontrarse una discrepancia mayor entre lo deseable y lo practicable, entre los sueños y las realidades y, a la vez, y paradójicamente, un sitio rico en posibilidades de conjunción de unos con otros. Tanto es esto verificable que, dando por descontado, casi que por ser ya lugar común, que la tarea del editor universitario es poco o mal reconocida, se puede afirmar que, ejercida de modo profesional, es una labor que logra balancear esos denominados *sueños del editor de oficio* con los intereses institucionales y los propósitos de la publicación desde la academia.

## Tiro al blanco

Y como en toda enumeración de lo malo, lo bueno y lo feo, es necesario decir que la práctica de la edición en el ámbito universitario, frecuentemente, la ejercen no editores de oficio o de formación, sino personas (casi siempre profesores universitarios asignados a ello) que aprendemos en la marcha, intentando resolver cada pregunta que el ejercicio plantea. Y tan dolorosa afirmación se plantea, porque cuando uno lee cualquiera de las muchas y buenas memorias disponibles de editores de oficio, se encuentra con que el editor se hace y llega a la edición e impresión de libros a partir de una búsqueda intelectual precisa (Einaudi, Herralde y Vallcorba), de un gusto y una relación estética con los libros, o por herencia familiar del oficio (Barral, Tusquets, Muchnik, Salinas, etc.), no por ejercicio de funciones en un espacio laboral específico.

Ahí entonces el primer punto de quiebre para entender el oficio de editor universitario como eso, oficio de editor, en esa suerte de comienzo espurio de la tarea, pues pareciera, además, que en la universidad la edición y la publicación de libros se entiende como una herramienta, no como un fin en sí mismo.

A ello se suma que se trabaja, básicamente, con títulos recibidos en una convocatoria abierta, no con obras

pedidas o concebidas desde su inicio como tales, y los mecanismos de selección de los títulos (cuando pueden aplicarse de modo riguroso) deben ser coherentes con las políticas institucionales mismas y con los criterios de evaluación de los productos académicos. Se cuenta, por lo tanto, casi siempre no con lectores o comités de lectores, sino con pares evaluadores y con instrumentos orientados a facilitar, a la postre, la tarea de los comités de puntaje o a propender a la acreditación institucional, por ejemplo.

Ni qué hablar de que se cree, común y erróneamente, así, al bulto, que una editorial universitaria no tiene que distribuir ni vender sus publicaciones, pues, como diría alguien, son publicaciones sobre las cuales no hay que rendir cuentas o, en el mejor de los casos, son libros para el autoconsumo.

En contraste, cualquier editor profesional o uno de oficio le dirá que busca sus temas o que va “a la caza” de los autores que siempre ha querido publicar; que rechaza muchos más de los que aprueba, del montón de títulos que recibe sin haberlos pedido; que conforma grupos de lectores expertos en los que confía la labor de criba y de “descubrimiento” de autores, y que programa con cuidado los ciclos de vida de sus publicaciones.

## Tierras firmes

Lo anterior, por supuesto, no constituye una suerte de maniquea separación entre el averno y la arcadia, pues la edición tiene sus meandros difíciles y estériles esté donde se esté. Por eso, valga también señalar, como ganancia, que al editor universitario le compete, cómo no, publicar lo que se produce en la universidad, lo que la academia tiene para decir a sus pares y a la comunidad global, y que, en medio de las exigencias y restricciones, puede hacer buenos libros, esos que propician conversaciones y discusiones con los lectores y entre ellos mismos.

Es también positivo el hecho de que el editor universitario puede hacer su tarea como tal, pese a lo que



acaba de decirse o, mejor aún, en ese medio de desafíos que enfrenta. Pero claro, valga, antes que nada, anticipar que es distinto publicar libros en la universidad que ser editor universitario. Y a esto último es a lo que nos referimos aquí, pues esta diferencia sirve para distanciar la edición de la instrumentalización que representa imprimir artículos o libros, sin un manejo profesional de las publicaciones, sin la dirección de un editor que entienda la publicación como un hecho cultural, y que no se limite a atender las volubles exigencias de un sistema educativo caracterizado por irregularidades ostensibles, por tensiones no del todo resueltas, por anacronismos difusos.

Como lo señalaba la editora Margarita Valencia en una entrevista publicada en *El Malpensante*, pareciera que en el medio universitario prevalece:

[...] esa idea, que uno aprende en el colegio, de que la complejidad en la escritura revela una inmensa complejidad en las ideas, que es la peor distorsión que uno puede aprender. Y, sin embargo, es básicamente la mentalidad con la cual un profesor se sienta a escribir. Por esa mentalidad, la gran mayoría de textos universitarios parecen jovencitas sobrevestidas [cuando salen] para su primera cita. Tienen demasiados collares, la falda está demasiado alta, la blusa está demasiado transparente, tienen seis colores que sobran. Sin embargo, debajo de eso hay una gran producción de ideas, hay investigación, y en ese sentido la edición universitaria tiene muchas cosas que deben publicarse. Pero publicarse. Que no es lo mismo que sacar un libro para que termine en la biblioteca de mi compañero de escritorio.

O, como lo pedía Jaume Vallcorba, al hablar de los libros de ensayos, los que “tienen que ir dirigidos también a los no especialistas, a la ‘buena gente’, por decirlo rápido, y ofrecerse con transparencia al lector. Creo firmemente que si un ensayo es opaco, lo es también el pensamiento que intenta transmitir, y que la claridad es traducción de la riqueza de las ideas que transmite”. Por fortuna, también es válido y necesario señalar que se ha avanzado mucho en materia de edición universitaria y que ese aprendizaje cada vez se hace de manos de editores formados, de personas con experiencia en el terreno. Las ferias del libro, en el país y por fuera, con sus salones especializados, con sus seminarios de profesionalización, así lo demuestran. También la (cada vez mayor) versatilidad con que en algunas universidades se entiende el asunto de las publicaciones, y el uso inteligente que se hace de formatos y medios para lograr los objetivos institucionales; esto es, el modo como se percibe que no todo lo que se produce en el medio académico debe ser trasladado a un libro, que no todo lo que se produce en el medio académico debe reproducirse en

papel y, menos aún, en grandes tirajes. Y, no menos importante, está en el haber de los aprendizajes de los editores universitarios que la edición es un asunto profesional y que el sentido real de la publicación es que, efectivamente, se publique, se haga visible, se dé a conocer.

En abril de 2015, en las Jornadas de Edición Universitaria de Buenos Aires, así lo rescataba Margarita Valencia, apuntando a que las editoriales universitarias, más que cualesquiera otras, pueden aprovechar los formatos para derivar la información o el conocimiento según sus particularidades y lectores. Por algo en las universidades existen revistas con fines muy claros y existen también fondos editoriales.

## Enarbolar banderas

Quizás lo más difícil de manejar en el medio de la edición universitaria sea, más allá de las precariedades de los presupuestos, de los títulos imposibles, del enriquecedor proceso con académicos que llegan a ser autores o de la tarea de lidiar con exigencias institucionales, lo que Jorge Herralde denominaba “ser coherente con el catálogo y, así, permitir la identificación, que es lo fundamental para los lectores”.

Se trata de crear un catálogo, construirlo, creer en él (desviarse y rectificar, quizás) y no perderlo de vista, porque se tiene la convicción de estar creando un texto legible con él, un texto en el que la propia institución se lee y en el que se interpretan las letras de sus autores. Por supuesto, se alude a un catálogo diverso, pues se trabaja tanto con lo que la universidad produce como con lo que adrede y con esfuerzo se hace desde una idea, pero un catálogo en lo posible orientado bajo los mismos principios de hacer libros con calidad, libros para ser consultados y leídos.

Lo que el editor debe buscar, pedir, propiciar, en materia de su catálogo, se sitúa en la línea de lo que con furor reclamaba Lindsay Waters en su ya emblemático librito sobre la edición académica (*Enemies of Promise. Publishing, Perishing, and the Eclipse of Scholarship*), cuando hablaba sobre las posibilidades de una cultura humanística allende la sobreproducción meramente motivada por las cifras y los registros.

No es, por lo tanto, incoherente pensar que una editorial universitaria, a la par que publica a los académicos en sus libros, pueda y deba publicar las nuevas voces en literatura y también las canónicas (vueltas a mostrar con otros elementos y otros contextos, como le corresponde a la academia mostrarlas), y que promueva el desarrollo y revitalización de las humanidades y de las ciencias que responden preguntas concretas, en un mundo concreto.

Hablamos, en síntesis, de un catálogo dinámico, coherente, progresivo, legible; y tal tarea es la que compete a un editor, esté donde esté, pues como dice Mario Muchnik, “el editor es un mediador constructivo entre el autor y el lector”, y nuevamente Vallcorba: “un buen editor contribuye positivamente a la construcción del patrimonio colectivo”.

